

LA ADORACIÓN EN LA BIBLIA

Las Normas Doctrinales son documentos oficiales de la Iglesia que han sido aprobados por el Presbiterio General.

Esta declaración oficial sobre la adoración en la Biblia fue aprobada por el Presbiterio General de las Asambleas de Dios el 13 de agosto de 2008.

Uno de los asuntos más controversiales en las congregaciones cristianas de hoy es los estilos de adoración. Los que crecieron cantando los himnos tradicionales, más que nada los miembros de más edad de la congregación, frecuentemente se confunden y sienten incómodos con la letra y los ritmos contemporáneos que prefieren sus hermanos en Cristo más jóvenes. Casi siempre es difícil para los creyentes más jóvenes, que han crecido en un intenso y variado ambiente cultural, comprender la música y los himnos que para ellos son arcaicos. Tales diferencias en gustos musicales muchas veces son generacionales, pero no siempre. Algunos hermanos mayores prefieren la música contemporánea; de vez en cuando, los jóvenes buscan una iglesia con música más tradicional.

Cuando una iglesia trata de resolver estas preferencias adoptando exclusivamente uno u otro estilo, o al tratar de mezclar ambos, surgen conflictos. El término popular “worship wars” [tensión por los estilos de adoración] sin duda es muy fuerte, pero los problemas que hay en muchas congregaciones a veces lo hace aparecer acertado. Con demasiada frecuencia, las iglesias se dividen debido a este asunto, o muchos se van a una iglesia que tenga un estilo de adoración que sea más de su agrado. Como resultado, el cuerpo de Cristo se debilita y pierde su sentido de misión.

El propósito de este documento no es abogar por cierto estilo en particular. Más bien, es un esfuerzo de presentar para todos los sinceros adoradores lo que las Escrituras dicen acerca de la adoración. ¿Cómo se define bíblicamente la adoración? ¿Cuáles son las implicaciones para la salud y la estabilidad de las congregaciones locales?

Términos que definen la adoración

La adoración es el acto de expresar reverencia y respeto a Dios. Comprende la actitud del corazón como también prácticas rituales privadas y públicas, individuales y corporativas. No se limita a ciertos componentes de una reunión religiosa, como oraciones, cantos, números especiales, predicación, y otros. Tampoco se limita a las reuniones religiosas.

La teología bíblica siempre se debe establecer por medio de palabras y conceptos propios del hebreo, arameo, y griego, que se hallan en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento. En este caso, la palabra en español “adoración” parece propia para describir la debida relación de los seres humanos con su Dios Creador como enseña la Escritura. No obstante, el entendimiento y la práctica de la adoración cristiana se debe formar primero por el estudio del texto bíblico.

Términos para “adoración” en el Antiguo Testamento

Aunque en el Antiguo Testamento hay varias palabras hebreas para “adoración”, tres son particularmente significativas.¹

Hāwâ. El más significativo es el verbo *hāwâ*, que aparece 173 veces y que principalmente significa “inclinarse” voluntariamente ante seres humanos, ídolos, o Dios. En la descripción de un acto religioso específico, el término aparece 110 veces. Por ejemplo, cuando Abraham corrió al encuentro de los visitantes en Génesis 18:2, “se postró en tierra”.²

En referencia a los dioses paganos, Jehová había mandado: “No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso...” (Éxodo 20:5). No obstante, los desobedientes israelitas a igual que los paganos adoraban ídolos. De modo que más de la mitad de los incidentes de adoración religiosa en el Antiguo Testamento son, en realidad, a deidades paganas. Cuando el rey Amasías de Judá derrotó a los edomitas, confiscó sus dioses y “los puso ante sí por dioses, y los adoró, y les quemó incienso” (2 Crónicas 25:14).

La debida adoración del Dios de Israel se halla en amonestaciones como el Salmo 29:2: “Dad a Jehová la gloria debida a su nombre; adorad (*hāwâ*) a Jehová en la hermosura de la santidad”, y el Salmo 95:6: “Venid, adoremos (*hāwâ*) y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor”. La verdadera adoración también incluye alabanza. “Después dijo David a toda la congregación: Bendecid ahora a Jehová vuestro Dios. Entonces toda la congregación bendijo a Jehová Dios de sus padres, e inclinándose adoraron (*hāwâ*) delante de Jehová y del rey” (1 Crónicas 29:20).

Yārē’. El verbo *yārē’*, que aparece 317 veces, puede denotar terror hacia los humanos o los dioses pero también respeto reverencial y adoración del Dios de Israel. Por consiguiente, Jehová dice a Moisés que no tenga “temor (*yārē’*)” de Og, rey de Basán (Deuteronomio 3:2). Sin embargo, a Israel se le ordena: “A Jehová tu Dios temerás (*yārē’*), y a él solo servirás” (Deuteronomio 6:13).

‘Ābad. El verbo *‘ābad*, que aparece 290 veces, significa esencialmente “servir” y se usa en la vida pública y religiosa. El concepto de servir a Dios y de adorarlo tiende a tener el mismo significado. Por consiguiente, en Éxodo 3:12, Dios dice: “Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis (*‘ābad*) a Dios sobre este monte.” En Malaquías 3:18 dice: “Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve (*‘ābad*) a Dios y el que no le sirve.”

¹ Para simplicidad y coherencia, los siguientes términos en hebreo y griego, sus raíces, transliteraciones, definiciones, y estadísticas en gran parte se han tomado de los artículos “Praise” [Alabanza] y “Worship” [Adoración] en *Mounce’s Complete Expository Dictionary of Old & New Testament Words*, William D. Mounce, ed. gen. (Grand Rapids: Zondervan, 2006).

² El texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera ♥1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; ♥ renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Términos para “alabanza” en el Antiguo Testamento

Las palabras asociadas con “alabanza” se usan tan frecuentemente en el Antiguo Testamento como las palabras por “adoración” que hemos visto arriba.

Bārak. El verbo *bārak* se halla 327 veces y generalmente se traduce “bendecir”. Tiene que ver con la bendición que se da a otra persona, la bendición de Dios sobre su pueblo, y el pueblo que bendice a Dios. Por ejemplo: “Así te bendeciré (*bārak*) en mi vida; en tu nombre alzaré mis manos” (Salmo 63:4).

Halāl. El verbo *halāl* se usa 146 veces, mayormente en los Salmos, y significa “alabar, gloriar, [o] exaltar”, y generalmente se refiere a la alabanza a Dios, muchas veces en conjunción con música y cantos. “Alabaré (*halāl*) a Jehová en mi vida; cantaré salmos a mi Dios mientras viva” (Salmo 146:2; cf. 149:1; 150).

Yādâ. El verbo *yādâ*, usado 111 veces, significa “alabar, (dar) gracias, [o] confesar” en reconocimiento de su persona y obra. La mayoría de las referencias se hallan en los Salmos. Por ejemplo, el Salmo 106:1: “Alabad (*yādâ*) a Jehová, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia” (cf. Salmos 107:1; 136:1-3,26).

Términos para “adoración” en el Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento en griego cuenta con una palabra básica para “adoración” pero hay varias otras que se usan de vez en cuando.

Proskyneō. Usado 60 veces, *proskyneō* es el verbo clave en griego para “adorar”. Significa “postrarse en adoración de alguien o algo” y parece que originalmente significaba “besar” a una deidad (lo cual requeriría postrarse o inclinarse ante el ídolo).³ Tal adoración propiamente debe ser dirigida solo a Dios o Jesús. Por consiguiente, el hombre ciego de nacimiento, sanado por Jesucristo, respondió: “Creo, Señor” y “le adoró (*proskyneō*)” (Juan 9:38).

Por cierto, *proskyneō* a veces se usa para denotar reverencia a seres humanos, ídolos, demonios, o Satanás. Pero al solicitarse dicha adoración (Apocalipsis 9:20; 13:4,8,12), se usurpa aquello que justamente le pertenece a Dios.⁴

Latreuō. El verbo *latreuō* se usa 21 veces para denotar servicio orientado a lo religioso, sea a Dios o a ídolos. En el sermón de Esteban, Dios dice de la cautiva nación de Israel: “Después de esto saldrán [de Egipto] y me servirán (*latreuō*) en este lugar [Sinaí]” (Hechos 7:7; véase también Hebreos 9:14; 12:22-28). Más tarde, debido a la desobediencia de ellos, Dios “los entregó a que rindiesen culto (*latreuō*) al ejército del cielo” (Hechos 7:42).

Sebō. El verbo *sebō*, que también significa “adorar”, se halla 10 veces en el Nuevo Testamento; incluye los conceptos de reverencia y respeto. Un ejemplo es Mateo 15:9: “Pues en vano me

³ *Proskyneō*, en *The New International Dictionary of New Testament Theology*, Vol. 2, Colin Brown, ed. gen. (Grand Rapids: Zondervan, 1976), 876.

⁴ *Ibid.*, 877.

honran (*sebō*), enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.” La observación de Pablo en Romanos 1:25 utiliza éste y el término anterior: “Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando (*sebō*) y dando culto (*latreuō*) a las criaturas antes que al Creador.”

La adoración en el Nuevo Testamento

En la enseñanza del Nuevo Testamento, es claro que la adoración debe dirigirse solo a Dios, es decir al Dios Trino. Al ser tentado por el diablo, Jesús enfáticamente declara la exclusividad de la adoración cristiana: “Al Señor tu Dios adorarás (*proskyneō*), y a él sólo servirás (*latreuō*)” (Mateo 4:10). Jesús es adorado como Dios.

La naturaleza de la adoración tal vez mejor se describe en las palabras de Jesús dirigidas a la mujer samaritana: “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán (*proskyneō*) al Padre en espíritu y en verdad (*en pneumati kai aletheia*); porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad (*en pneumati kai aletheia*) es necesario que adoren” (Juan 4:23,24). Los traductores frecuentemente han traducido “espíritu” con una “e” minúscula. Esta interpretación identifica al “espíritu” como espíritu humano y por tanto hace un llamado a los adoradores humanos a adorar con sinceridad y una debida actitud.

Sin embargo, parece que Juan deliberadamente unió los términos “espíritu” y “verdad” para que signifiquen, en efecto, “Espíritu de verdad”. Los exégetas afirman que tal entendimiento coincide mejor con la gramática y el flujo inmediato de pensamiento, como también el más amplio contexto de las enseñanzas de Juan acerca del Espíritu (1:32s.; 3:5-8,34; 6:63; 7:39; 11:33; 13:21; 14:17,26; 15:26; 16:13; 20:22; y el Paraceto, 14:16,26; 15:26; 16:7).⁵ Por consiguiente, Jesús dice que los creyentes pueden de veras adorar solo con la ayuda del Espíritu de verdad que los santifica e ilumina por medio de la verdad de la Palabra de Dios; la verdad acerca de Dios y la verdad acerca del hombre, su pecado y salvación. “En la verdadera adoración hay un encuentro con Dios para el cual Dios por medio de su gracia tiene que capacitar al hombre.”⁶

En vista de lo dicho arriba, el comentario de Pablo parece muy apropiado: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos (*latreuō*) a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Filipenses 3:3).

Tómese en cuenta, sin embargo, que Satanás muchas veces usurpa la adoración, como en la tentación de Jesús. “Todo esto te daré, si postrado me adorares (*proskyneō*)” (Mateo 4:9). Hablando del Anticristo y de la Gran Tribulación, Pablo escribe: “El cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto (*sebasma*); tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:4). Acerca de este mismo tiempo, en el Apocalipsis Juan observa: “Y adoraron (*proskyneō*) al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron (*proskyneō*) a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién

⁵ Véase Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i-xii)*; *The Anchor Bible* (Garden City, NY: Doubleday & Company, 1966), 180; también C. Brown, *New International Dictionary*, 2:878.

⁶ C. Brown, *Ibid.* La cita es de R. Schnackenburg, *The Gospel According to St. John*, I (New York: Herder & Herder, 1968), 437.

podrá luchar contra ella?” (13:4; cf. vv. 8,12). Aun después de los juicios de los sellos y de las trompetas de la Gran Tribulación, los sobrevivientes no “dejaron de adorar (*proskyneō*) a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar” (Apocalipsis 9:20).

La adoración como estilo de vida

Aunque el enfoque de este documento está en la naturaleza de la adoración en los cultos de las iglesias cristianas, la adoración debe implicar mucho más. La mujer samaritana con quien habló Jesús tenía una fijación en lugares de adoración. Jesús le dijo que llegaría el tiempo en que no sería importante el lugar santo de los samaritanos, el monte Gerizim, ni el templo judío en Jerusalén. Lo que es importante, dijo Él, es que los “verdaderos adoradores” adoren al Padre “en espíritu y en verdad” (Juan 4:23,24), sin requerir de edificios ni de ritos. Pablo exhortó a los romanos: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo (*thysia*), santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional (*latreia*; del verbo *latreuo*)” (Romanos 12:1). Pablo usó el lenguaje de los sacrificios y servicios del tabernáculo y del templo para comunicar que la adoración de Dios es propiamente una constante y viva realidad en cada dimensión de la vida del creyente. La adoración tiene que llenar el corazón de una persona en su vida cotidiana antes de que pueda ser debidamente expresada en público.

La música y los cantos en la adoración

La música y los instrumentos musicales aparecen desde los comienzos del relato bíblico. Por primera vez en Génesis 4:21, donde se menciona a Jubal como “padre de todos los que tocan arpa y flauta”. El Antiguo Testamento menciona dieciséis o más instrumentos musicales relacionados con la adoración, pero también en otros contextos. El Nuevo Testamento menciona cuatro (o cinco si se incluye el “címbaro” de 1 Corintios 13:1).

El Creador mismo declara, acerca de los albores de la creación: “Cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios” (Job 38:7). David, “el dulce cantor de Israel” (2 Samuel 23:1), dice: “Puso [el Señor] luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios” (Salmo 40:3). Isaías profetizó: “Porque con alegría saldréis, y con paz seréis vueltos; los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso” (Isaías 55:12).

En tiempos del rey David hubo un amplio desarrollo de músicos y cantores, debido al talento musical de David y la reverencia que él sentía por el arca y el tabernáculo/templo como morada de Dios. David asignó levitas como “cantores con instrumentos de música, con salterios y arpas y címbalos, que resonasen y alzasen la voz con alegría” (1 Crónicas 15:16-22; cf. 2 Crónicas 29:25,26; 35:15). “Además, cuatro mil porteros, y cuatro mil para alabar a Jehová, dijo David, con los instrumentos que he hecho para tributar alabanzas” (1 Crónicas 23:5; cf. 2 Crónicas 5:12,13). En realidad, la palabra “salmo” (*psalmos*, de *psallō*, originalmente “puntear” o “tocar”) implica el uso de instrumentos musicales. Interrumpida por el Exilio, la tradición musical de Israel se reanudó cuando volvieron de la cautividad, reedificaron la ciudad de Jerusalén, y completaron el segundo templo (cf. Nehemías 7:1; 12:27).

Aunque hay poca información en los Evangelios y en Hechos, Jesús, los apóstols, y los creyentes de la iglesia primitiva seguramente se beneficiaron de los ministerios musicales de los cantantes y los músicos del templo. Aunque el Nuevo Testamento nada dice acerca de instrumentos musicales en sí, en las casa-iglesias de los primeros cristianos, la música y los cantos eran parte de la adoración llena del Espíritu (Hechos 16:25; 1 Corintios 14:14,15,26; Efesios 5:19; Colosenses 3:16). Aparentemente había una variedad de estilos y contenidos en los cantos congregacionales, aunque no hay evidencia de que las iglesias tenían coros o que se presentara números especiales. Aunque en ciertas denominaciones no permiten instrumentos musicales, el Nuevo Testamento no prohíbe ninguna clase de instrumento musical.

En realidad, Apocalipsis describe varias escenas de adoración celestial con cantos e instrumentos musicales, como también celebración verbal de la gloria y el poder de Dios. Los seres vivientes y los ancianos de Apocalipsis 5, todos con arpas, culminan sus cantos expresando que a Dios y el Cordero “sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:13). Los 144,000 cantan al Cordero “un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos” (Apocalipsis 14:3). Los que ganan victoria sobre la bestia “cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Apocalipsis 15:3). La visión de Juan del Señor que desciende en poder y gloria también es precedida por aclamaciones de adoración y alabanza (Apocalipsis 19:1-8). Las palabras finales del ángel en esta ocasión son: “Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (Apocalipsis 19:10).

Aunque ciertas aptitudes en el arte de la música no se mencionan específicamente en las listas de dones espirituales del Nuevo Testamento (cf. Romanos 12:6-8; 1 Corintios 12:8- 10,28; Efesios 4:11; 1 Pedro 4:10,11), recuerde que estas listas probablemente son a propósito para el caso y no exhaustivas. Tal como Dios por su Espíritu dotó específicamente a Bezaleel y Aholiab para los diseños y el mobiliario del tabernáculo (Éxodo 35:30-35) --otro don que no se menciona en el Nuevo Testamento--, parece evidente que Dios dotó a David (2 Samuel 23:1; Salmos 40:3) para la música y los salmos y que sigue dotando de manera similar a creyentes consagrados.

Lugares y edificios en la adoración

A través de los siglos el pueblo de Dios ha usado en la adoración ciertos lugares y edificios, muchas veces designados por Dios mismo. Abraham edificó altares e invocó el nombre de Dios en su peregrinaje por Canaán (Génesis 12:8; 26:25). Dios se reveló a sí mismo a Jacob en Betel; entonces Jacob alzó una piedra por señal y derramó aceite encima de ella (Génesis 28:10-22). Jacob más tarde volvió a Betel y edificó allí un altar (Génesis 35:1). En el encuentro que Moisés tuvo con Dios en Sinaí, el Señor le dio una señal, de que cuando los israelitas salieran de Egipto, servirían a Dios sobre ese monte (Éxodo 3:12). Dios tenía un lugar en particular, escogido de antemano, donde Él establecería el pacto con su pueblo escogido.

Dios mismo dio a Moisés el plan para el tabernáculo y su mobiliario (Éxodo 39:42). Los israelitas proveyeron los materiales mediante ofrendas voluntarias (Éxodo 35:1-29). Dios dotó por medio de su Espíritu a Bezaleel y Aholiab para que llevaran a cabo la construcción (Éxodo

35:30-35). Cuando el tabernáculo estuvo listo y fue dedicado, Dios honró los esfuerzos de Moisés y del pueblo al descender sobre el mismo con su gloria (Éxodo 40:34). El tabernáculo estaba estratégicamente localizado en medio del campamento, como símbolo de la morada de Dios con su pueblo, pero cuidadosamente salvaguardado para significar su santidad (Números 3:38).

Aunque el primer templo en Jerusalén fue construido bajo la dirección de Salomón, el complejo fue diseñado por David, quien dijo: “Asimismo el plano de todas las cosas que tenía en mente para los atrios de la casa de Jehová, para todas las cámaras alrededor, para las tesorerías de la casa de Dios, y para las tesorerías de las cosas santificadas... fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño” (1 Crónicas 28:12-19). El diseño interior del templo básicamente permaneció como Dios lo había revelado a Moisés para el tabernáculo original.

La adoración centrada en el tabernáculo y el templo utilizaba mobiliario y utensilios diseñados por Dios, incluido el arca del testimonio, la mesa para el pan, el candelero de oro, el altar del incienso, la fuente de bronce, y el altar del holocausto (Éxodo 37-40). Aun los utensilios para los sacrificios y otros rituales del tabernáculo fueron determinados por el Señor y dedicados especialmente a su servicio. El uso irreverente que hiciera Belsasar de estos utensilios del templo, que fueron confiscados en disoluta e idólatra parranda, fue seguido del inmediato anuncio de parte de Dios del castigo que vendría al imperio babilonio (Daniel 5).

Las muchas ceremonias de sacrificios del tabernáculo y del templo fueron instituidas por el Señor mismo, como se registran en amplio detalle en el libro de Levítico. Por medio de equipo físico y de ritos observables, Dios visualmente instruyó a su pueblo sobre la realidad y gravedad de sus pecados y los medios para la expiación. Como se nos recuerda en el libro de Hebreos, los sacrificios de sangre y otras prácticas eran figuras de la muerte expiatoria del Señor Jesucristo.

No obstante, cuando se corrompe la adoración, Dios no está permanentemente sujeto a lugares y mobiliarios que Él anteriormente haya bendecido, ni siquiera al templo en Jerusalén y su mobiliario. El abandono de la gloria de Dios del templo y de Jerusalén (Ezequiel 10), para luego volver al tiempo de la purificación y restauración escatológica (Ezequiel 43:1-5), es una vívida figura del rechazo divino de las corruptas instituciones religiosas.

Los primeros cristianos se reunían en el templo que había sido bellamente restaurado por Herodes el Grande. Al parecer también utilizaban las sinagogas locales. Pero de inmediato también comenzaron a usar varias casas como lugares de reunión (Hechos 2:46; 5:42; Lucas 24:53). El Aposento Alto (Hechos 1:13), tal vez la misma habitación en que celebraron la Última Cena –que bien puede haber sido la casa de la madre de Juan Marcos (Hechos 12:12)–, puede haber sido uno de esos lugares. Aquila y Priscila tenían una iglesia en su casa, en Éfeso y en Roma (1 Corintios 16:19; Romanos 16:5), y probablemente también en Corinto, lo mismo que Justo (Hechos 18:7). Ninfas tenía una iglesia en su casa en Laodicea (Colosenses 4:15); Filemón tenía una iglesia en su casa en Colosas (Filipenses 2). Lidia parece haber tenido una iglesia en su casa en Filipos (Hechos 16:15,40). Sin duda había muchísimas de esas casa-iglesias.

El templo en tiempos de Jesús no era más sacrosanto que el templo de Salomón que fue destruido al tiempo del Exilio. Jesús proclamó que Él era mayor que el templo (Mateo 12:5,6); parece haberlo purificado tanto al principio como al final de su ministerio (Juan 2:12-22; Marcos 11:15-28; paralelos Mateo 21:12-16; Lucas 19:45-47), y predijo la inminente destrucción del mismo debido al rechazo de Israel (Mateo 24:1,2; cf. 23:37,38). Jesús, en su propia persona y ministerio redentor, desplazó el templo y lo hizo obsoleto (Hechos 7:48; Hebreos 9:23-26; 8:1,2).

Rituales en la adoración

El hombre siempre ha usado ciertos objetos y rituales, o ceremonias, para facilitar la adoración. Las iglesias tradicionales muchas veces usan la palabra “liturgia” para sus prácticas de adoración. “Liturgia” deriva del grupo de palabras en griego *leitourgeō/leitourgia* que tiene que ver con servicio público, y a menudo, religioso (Hechos 13:2). Una buena definición es “forma prescrita de ritual para adoración pública en cualquiera de diversas iglesias cristianas”. Aunque más se usa en rituales de la iglesia anglicana, el término “liturgia” se puede aplicar a cualquier rito religioso, sea sencillo o de estilo anglicano.

Caín y Abel decidieron ciertas maneras de presentar sus respectivas ofrendas a Dios; siendo solo una de ellas aceptada (Génesis 4:2-5). Las particulares formas de acercamiento a Dios de Abraham fueron aceptadas, lo mismo que las de Isaac y de Jacob. En el tabernáculo se utilizaba una serie de rituales ordenados por Dios, los cuales llegaron a ser aun más extensivos en el primer templo y en el segundo.

Las primeras congregaciones cristianas tenían sus propios rituales. “Sin duda había ciertos elementos fijos en la adoración de la congregación paulina. Pero generalmente, ‘la liturgia en las primeras congregaciones es algo extraordinariamente vivo, y las fórmulas litúrgicas no dan señas de estar paralizadas (*sic*). Todos los miembros participan en la liturgia’.”⁷ Sin embargo, esas liturgias, o rituales, que se observan en el Nuevo Testamento, tales como las enseñanzas del bautismo en agua y de la Santa Cena, son relativamente sencillas (pero profundas), y se pueden adaptar fácilmente en diversas culturas. Presentan las verdades esenciales del evangelio sin la intención de prescribir cierto perfecto ritual para celebrar los distintos acontecimientos fijos en el calendario cristiano. Lo importante es una fiel y habitual representación del evangelio en la adoración unida. La admonición de Pablo a la iglesia en Corinto por su falta de respeto en la Santa Cena es un modelo instructivo de una saludable práctica ritual (1 Corintios 11:17-34).

Adoración inaceptable

Mucha de la adoración registrada en la Biblia es adoración de ídolos o un equivocado esfuerzo de adoración de Dios en términos humanos. La advertencia de Samuel al joven y desobediente rey Saúl enfatiza la necesidad de preparar nuestro corazón. “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 Samuel 15:22). El predicador librepensador de Eclesiastés advierte: “Cuando fueres a la casa de

⁷ Anthony D. Palma, *The Holy Spirit in the Corporate Life of the Pauline Congregation*, Disertación teológica, Seminario Concordia (1974), 82, citando a Oscar Cullmann, *Early Christian Worship*, trans. A. Stewart Todd y James B. Torrance (London: SCM, 1953), 25.

Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal” (Eclesiastés 5:1).

El profeta Isaías censuró la vacía e hipócrita adoración de su día. “¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo...” (Isaías 1:11-16).

La invasiva carnalidad humana que tantas veces afectó la adoración de la comunidad del Antiguo Testamento de vez en cuando se hace notar también en el Nuevo Testamento. Ananías y Safira mintieron al Espíritu Santo (Hechos 5:1-11). La avaricia de Simón y su codicia de poder resultó en una fuerte reprimenda de graves consecuencias (Hechos 8:20). Entre los corintios había divisiones y espíritu partidario (1 Corintios 1:10-12), celos y contiendas (capítulo 5), aceptación de grave inmoralidad (capítulo 5), como también orgullo, glotonería, embriaguez, y abuso de los pobres en la observancia de la Santa Cena (11:17-34). El clamor de David por pureza de corazón en la adoración suena como algo del Nuevo Testamento: “¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño” (Salmo 24:3,4).

Dimensiones pentecostales de la adoración

Muchas prácticas de adoración en el Nuevo Testamento son definitivamente pentecostales. El muchas veces citado recordatorio de Pablo a los filipenses es fundamental: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu *servimos (latreuō)* a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (3:3). “Lo que es más notable en toda la evidencia *disponible* es la libre y espontánea naturaleza de la adoración en las iglesias paulinas, aparentemente dirigida por el Espíritu mismo.”⁸

El libro de Hechos muestra que una y otra vez el Espíritu descendió poderosamente sobre los adoradores (2:4; 4:31; 10:44), con frecuentes y visibles bautismos en el Espíritu, en muchas ocasiones acompañados del hablar en otras lenguas (señalado o implicado) (2:4; 8:17; 10:44; 19:6). Los mensajes proféticos eran comunes, muchas veces con impartición sobrenatural de información y sabiduría (11:28; 13:1,2; 20:23; 21:9,10). Las señales, maravillas, y milagros no se limitaban a los cultos de adoración pero a veces ocurrían en esas reuniones (5:1-11; 20:7-12).

⁸ Gordon D. Fee, *Empowering Presence: The Holy Spirit in the Letters of Paul* (Peabody, MA: Hendrickson Publishers, 1994), 884.

Las epístolas del Nuevo Testamento dan a entender la naturaleza pentecostal de la adoración en la iglesia primitiva. En la que probablemente es su primera epístola, Pablo amonesta: “No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo” (1 Tesalonicenses 5:19-21).

Pablo exhorta a los creyentes a “[ser] llenos del Espíritu”. Al ser llenos, debían expresarlo “hablando entre [ellos] con salmos, con himnos y cánticos espirituales (*ōdais pneumatikais*), cantando y alabando al Señor en [sus] corazones” (Efesios 5:18,19). Pablo expresó esto de forma similar a los colosenses: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales (*ōdais pneumatikais*)” (Colosenses 3:16). No es fácil para los eruditos distinguir con precisión entre salmos, himnos, y cánticos espirituales. Algunos piensan que los tres son himnología carismática.⁹ Por lo menos, el *ōdais pneumatikais* pudiera ser algo como “cantar en el Espíritu” (cf. 1 Corintios 14:15).¹⁰ Aquí *pneumatikais* (“espiritual”) ciertamente implica una obra especial del Espíritu Santo como en “don espiritual [*carisma...pneumatikon*]” (Romanos 1:11). Se debe notar que los únicos lugares en que aparece la palabra canto (*ōdē*), aparte de los dos pasajes mencionados, es en Apocalipsis cuando los redimidos cantan en el cielo (Apocalipsis 5:9; 14:3; 15:3).

Lo que muchas veces no se comprende es el hecho de que “los salmos, himnos, y cánticos espirituales son parte de la manera en que los creyentes se dirigían unos a otros en las reuniones, y servían como medio de edificación, instrucción, y exhortación” (cf. también Colosenses 3:16, “enseñándoos y exhortándoos unos a otros”).¹¹

En vista del ejercicio indisciplinado en Corinto de los dones espirituales, Pablo dedica 1 Corintios 14 a instruir en este asunto. Él enfatiza el valor de las lenguas en adoración privada (14:2,4,5), y de la interpretación de lenguas en la adoración pública (14:26-28). Como las profecías eran algo que todos podían comprender, se debía valorarlas y darles prioridad (14:1,3,5,24,25,29-31), algo que muchas veces se descuida en la práctica contemporánea en que más se prioriza las lenguas y la interpretación de lenguas. Pablo dio normas muy prudentes respecto a la frecuencia de las profecías y los “mensajes” en lenguas y también para “juzgar” la veracidad de éstos (14:27-31). Además alentó a la congregación a participar activamente en el ejercicio de una amplia gama de dones: “Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación” (14:1,5,12,13,26,31). Todo ello debía hacerse para edificación de la iglesia (14:5,11,26).

También hay evidencia de adoración pentecostal en otros libros del Nuevo Testamento. El escritor del libro de Hebreos dice de la salvación del Señor: “Testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad” (Hebreos 2:4). El verbo que expresa el testimonio de Dios es *synepimartyreō*, “testificar al mismo tiempo”, y es un participio activo que indica que Dios sigue testificando

⁹ James D. G. Dunn, *Jesus and the Spirit: A Study of the Religious and Charismatic Experience of Jesus and the First Christians as Reflected in the New Testament* (Grand Rapids: Eerdmans, 1975), 238-239.

¹⁰ F. F. Bruce, *The Epistles to the Colossians, to Philemon, and to the Ephesians, The New International Commentary on the New Testament* (Grand Rapids: Eerdmans, 1984), 158-159, 380-381.

¹¹ Andrew T. Lincoln, *Word Biblical Commentary, Ephesians*, Vol. 42 (Dallas: Word Books, 1990), 345.

acerca de la gran salvación en Cristo. “Este participio... implica que la evidencia corroborativa no quedó confinada al acto inicial de predicación, sino que siguió manifestándose en la vida comunitaria.”¹² Además, “la concesión de los dones carismáticos (*merismos*) del Espíritu Santo también sirvió para confirmar el mensaje proclamado. Se supone que es la perpetuación del carisma en la vida comunitaria (cf. 6:4,5) que provee indisputable evidencia del sello de Dios en la palabra recibida por la congregación”.¹³

El apóstol Pedro también hace mención de la dimensión pentecostal de la adoración. Al escribir acerca del uso de los dones espirituales —note el uso de *charisma*— exhorta: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios” (1 Pedro 4:11).

Elementos en los cultos de adoración de la iglesia primitiva

Según lo que vemos en el Nuevo Testamento, es posible que los primeros creyentes integraran en su adoración muchas de las prácticas de la sinagoga. Los principales elementos y el orden de los servicios en la sinagoga están bien atestiguados: el Shema [recitación de Deuteronomio 6:4], las oraciones, la lectura de las Escrituras, una bendición sacramental, y un sermón.¹⁴ En efecto, por un tiempo, los creyentes tanto judíos como prosélitos continuaron con la adoración en la sinagoga antes de que fueran excomulgados, o antes de ir a lugares más espaciosos. El estudio del Nuevo Testamento fácilmente entrega por los menos los siguientes elementos que hubo en los cultos de los primeros cristianos:

La Palabra de Dios. La lectura de las Escrituras era el elemento básico de los servicios de adoración en la sinagoga (véanse Nehemías 8:8,18; 13:1; Lucas 4:16; Hechos 13:27; 15:21). Esta práctica también fue adoptada por las iglesias del Nuevo Testamento en sus cultos de adoración. La obra misionera de Pablo en Tesalónica lo ilustra: “Como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos” (Hechos 17:2,3). En sus dos años de predicación en Éfeso, “todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús” (Hechos 19:10). Pablo ordenó que sus cartas se leyeran “a todos los santos hermanos” (1 Tesalonicenses 5:27; cf. Colosenses 4:16), y a Timoteo exhortó: “Ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza” (1 Timoteo 4:13).

Predicación y enseñanza. No sólo se leía la Palabra de Dios, sino que era regularmente predicada y enseñada. El mensaje principal de esa temprana predicación (*kerygma*) era la historia de Jesús y el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento por medio de su encarnación, ministerio, muerte, y resurrección. La predicación del mensaje de la Cruz era lo céntrico (1 Corintios 2:2). Aunque no podemos distinguir fácilmente la enseñanza de la predicación, los sermones en Hechos y el contenido de las epístolas del Nuevo Testamento indican que la temprana enseñanza (*didaskalia*) en gran parte trataba con doctrina, e incluía extensa instrucción ética.

¹² William L. Lane, *Word Biblical Commentary, Hebrews 1-8*, Vol. 47a (Dallas: Word Books, 1991), 39.

¹³ *Ibid.*, 40.

¹⁴ “Synagoga”, en *The New International Standard Bible Encyclopedia*, vol. 4, ed. rev., Geoffrey W. Bromiley, ed. gen. (Grand Rapids: Eerdmans, 1988).

Llamados al arrepentimiento. En el Nuevo Testamento no hay ciertas formas de llamados al altar, pero hay muchos llamados al arrepentimiento que no se deben pasar por alto. Pedro concluyó su sermón profético en el Día de Pentecostés con: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). Esteban confrontó fuertemente a sus oyentes (Hechos 7:51-53). En su predicación misionera Pablo y Bernabé mostraron a sus oyentes la necesidad de arrepentirse (Hechos 13:38-41). Las epístolas del Nuevo Testamento están llenas de llamados a creer el evangelio y a cambiar de conducta. Aun en la observancia de la Santa Cena se hace un llamado a examinar su vida antes de participar (1 Corintios 11:27- 32).

El bautismo en el Espíritu. Tan importante es el bautismo en el Espíritu Santo que la profecía de Juan el Bautista acerca de Jesús como el futuro Bautizador está incluida en los cuatro Evangelios, y Jesús la repite (Hechos 1:5). Los bautismos en el Espíritu efectuados en la iglesia primitiva fueron acontecimientos visibles, poderosos, y transformadores, con la evidencia inicial de hablar en otras lenguas. El reduccionismo racionalista o el emocionalismo sensacionalista no pueden replicar la vitalidad y el poder de la obra del Espíritu en la iglesia primitiva. Pedro marca la pauta: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros... y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). En todo el libro de Hechos y en las epístolas del Nuevo Testamento, se enseña y se da por sentado la dinámica experiencia inicial y la continua plenitud del Espíritu.

Credos y declaraciones de fe. Muchos de los pasajes concisos y rítmicos del Nuevo Testamento parecen ser declaraciones de fe que se usaban en las primeras iglesias para instrucción y adoración. Uno de los “credos” más conocidos es Filipenses 2:6-11, que comienza así: “El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres.” Otros pasajes a menudo incluidos son: Lucas 1:46-55; Juan 1:1-18; Romans 10:9; 1 Corintios 15:3-5; Efesios 5:14; Colosenses 1:15-20; 1 Timoteo 3:16; 1 Pedro 3:18-22; Apocalipsis 4:8; 5:12.¹⁵

Himnos. Al parecer se incluyeron en los cantos de alabanza de los primeros cristianos algunos de los pasajes mencionados arriba, juntamente con salmos, otros himnos compuestos por creyentes, y cantos “en el Espíritu” (1 Corintios 14:15). Jesús y sus discípulos cantaron himnos (Marcos 14:26, par. Mateo 26:30), como también Pablo y Silas cuando estuvieron encarcelados en Filipos (Hechos 16:25). Pablo escribió a “sus iglesias” en la provincia de Asia que se espera de un pueblo lleno del Espíritu que unos a otros se edifiquen y exhorten con “salmos, himnos, y cánticos espirituales” (1 Corintios 14:26; Efesios 5:19; Colosenses 3:16; cf. Romans 15:9). Aparentemente algunos de los himnos fueron compuestos de antemano mientras que muchos eran espontáneos e inspirados por el Espíritu.

Oración. Hay cerca de 175 referencias a la oración en el Nuevo Testamento. En Hechos vemos a la comunidad cristiana reunida en oración bajo diversas circunstancias: en el Aposento Alto (1:14); en las reuniones de los nuevos creyentes después del Pentecostés (2:42); en el templo (3:1); bajo amenaza de persecución (4:24); por los apóstoles (6:4); al buscar y apartar líderes (6:6); por el bautismo en el Espíritu (8:15); por sanidad (9:40); y en muchas otras circunstancias. Pablo anima a los tesalonicenses: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar” (1 Tesalonicenses

¹⁵ Para la lista y el estudio de estos pasajes, vea W. J. Porter, “Creeds and Hymns,” en *Dictionary of New Testament Background*, ed. Craig A. Evans, Stanley E. Porter (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2000), 231-238.

5:16-18). A los efesios exhorta: “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” (Efesios 6:18). A veces combinaban la oración con el ayuno (Hechos 13:2). “No sabemos si en las iglesias paulinas hubo oraciones ya establecidas; en todo caso, las oraciones espontáneas por el Espíritu eran la norma.”¹⁶

Dones espirituales. Las amplias instrucciones de Pablo a los corintios acerca de los dones espirituales y su debida función en la vida de la iglesia indican que estos dones eran parte regular de los cultos de adoración en la iglesia primitiva (1 Corintios 12-14). A él le preocupó comunicar dones espirituales a la ya bien establecida iglesia en Roma (Romanos 1:11) y ya había indicado a los tesalonicenses que no “[menosprecien] las profecías” (1 Tesalonicenses 5:20). El escritor de Hebreos recuerda a sus lectores cuán importantes habían sido los dones espirituales en su historia (Hebreos 2:4). Pedro exhortó a sus lectores que cuando alguien hablara mediante un don espiritual, “hable conforme a las palabras de Dios (*logia theou*)” (1 Pedro 4:10,11). En Hechos, por supuesto, vemos frecuentemente la operación de los dones espirituales en muchos distintos casos dentro de la iglesia y fuera de ella.

Sanidad. Santiago escribió en su epístola que cuando un creyente estuviera enfermo, “llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor” (Santiago 5:14). Los dones de sanidades (1 Corintios 12:9) se pueden incluir entre los dones espirituales ya mencionados y se ve evidencia de ellos a través del relato de Hechos. Parece que la iglesia acostumbraba orar por la sanidad de sus miembros, aunque no tuvieran la seguridad de la manifestación de un don espiritual. A pesar de que fue grandemente usado por Dios en milagros de sanidades, Pablo en una ocasión tuvo que dejar a Trófimo “en Mileto enfermo” (2 Timoteo 4:20).

Ofrendas. Los hermanos de la iglesia primitiva entregaban regularmente ofrendas, probablemente en las reuniones programadas, para suplir así las necesidades de la comunidad (Hechos 4:34-37; 5:1,2). La iglesia en Antioquía reunió una ofrenda, supuestamente monetaria, para enviar a los hermanos en Jerusalén durante un tiempo de hambruna (Hechos 11:29,30). Pablo, que muchas veces recibía ofrendas de las iglesias que había fundado (Filipenses 4:18), instruyó a los corintios: “Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas” (1 Corintios 16:2).

La Santa Cena. Aunque no se estipula en el Nuevo Testamento la regularidad con que se debe celebrar la Santa Cena, ciertamente fue parte común e importante de la adoración en la iglesia primitiva (cf. Marcos 14:22-25; paralelos, Mateo 26:17-30; Lucas 22:7-23; 1 Corintios 11:17-34). Los primeros creyentes “perseveraban... en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan” (Hechos 2:46); aparentemente la cena se incluía en casi todas sus reuniones. La instrucción correctiva de Pablo en 1 Corintios 11 muestra que la Santa Cena era parte regular de los cultos de adoración y que muchas veces incluían una cena de comunión, el Ágape (Amor). Las instrucciones de Pablo en 1 Corintios 11:17-34 son las más tempranas indicaciones y explicaciones acerca de la Santa Cena. Pablo, seguido después por Lucas, documenta el mandato: “Haced esto en memoria de mí” (1 Corintios 11:24,25; cf. Lucas 22:19). Pablo explica

¹⁶ Fee, *God's Empowering Presence*, 866.

el significado del pan y de la copa como el cuerpo y la sangre del Señor (11:24,25) y enseña que es un anuncio de “la muerte del Señor... hasta que él venga” (11:26). Él exhorta a todos los creyentes a que participen en la Cena con reverencia y regularidad, después de examinarse a sí mismos (11:27-32).

Hacia una definición de la adoración

La adoración bíblica tiene muchas facetas, y no todas se pueden captar en una breve definición. Sin embargo, el resumen del estudio sobre la adoración de David Peterson expresa bien los hallazgos de este documento.

A través de la Biblia, la adoración aceptable significa acercarse o dirigirse a Dios en los términos que Él propone y en la manera que Él hace posible. Comprende honrarlo (*sic*), servirlo y respetarlo, abandonar cualquier devoción o lealtad que impida una exclusiva relación con Él. *Aunque algunos términos bíblicos para la adoración pueden referirse a específicos gestos de homenaje, rituales o ministerio sacerdotal, la adoración es fundamentalmente la expresión de fe en obediencia y adoración.* Por consiguiente, en ambos Testamentos muchas veces se indica como comunión con Dios, personal y moral, en cada esfera de la vida [énfasis nuestro].¹⁷

Y, captando la dinámica esencial del Espíritu en la adoración, Peterson añade: “Entonces, fundamentalmente, la adoración en el Nuevo Testamento significa creer el evangelio y responder con todo el ser y toda la vida a la persona y obra del Hijo de Dios, en el poder del Espíritu Santo.”¹⁸

Orientación para la práctica contemporánea

Varios importantes fundamentos y conclusiones para orientación de la iglesia se pueden sacar de este estudio. Lo siguiente de ningún modo es exhaustivo:

1. La verdadera adoración se centra en el Dios Trino —Padre, Hijo, y Espíritu Santo— cuando su pueblo lo alaba y glorifica. En primer lugar la adoración tiene que ver con el reconocimiento de Dios por quién Él es y por lo que Él hace. En segundo término, comprende los adoradores.
2. La verdadera adoración de Dios produce una dinámica participación del Espíritu Santo que resulta en la edificación del creyente como individuo y de la iglesia en su totalidad.
3. La verdadera adoración tiene que ver con el corazón, en que cada creyente desarrolla un estilo de vida que confiesa y honra a Dios en palabra y obra en dondequiera que vaya.
4. La verdadera adoración conecta dinámicamente a los creyentes por medio del Espíritu unos con otros y con la misión de Dios de redimir a la humanidad.

¹⁷ David Peterson, *Engaging With God: A Biblical Theology of Worship* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1992), 283.

¹⁸ *Ibid.*, 286.

5. Se debe dar la debida atención y libertad a la obra del Espíritu en todos los aspectos de la adoración: oraciones, música y cantos, ofrendas, predicación y enseñanza, llamados al arrepentimiento, operación de los dones espirituales, y otros.
6. Al planear la adoración se debe tener presente la naturaleza espontánea de la operación de los dones espirituales. Es necesario dar a la congregación la debida enseñanza bíblica, con instrucción firme y amorosa, y con claras explicaciones. Las estrategias de crecimiento que impiden la operación de ciertos dones espirituales en la adoración y la vida misionera de la iglesia no concuerdan con la esencial dinámica del Espíritu en la fe cristiana.
7. La adoración incluye cada parte del culto, desde la invocación hasta la bendición final. Las gozosas alabanzas de música y cantos son poderosos dones que facilitan la adoración del pueblo de Dios, como es muy aparente en los Salmos. Sin embargo, no deben ser considerados “la adoración” al punto de excluir otros elementos del culto. Además, la música y los cantos, y otros puntos del programa antes de la predicación, no son “preámbulos”. Cada parte del programa debe ofrecer alabanza y gloria a Dios.
8. Aunque la persona que dirige la música y los cantos puede haber sido designada como “director de adoración”, el título podría ser engañoso. Un mejor título sería “ministro de música” o algo similar. Cada persona que participa en la dirección pública de las varias partes del culto es, en términos estrictos, un director de adoración.
9. Como cada parte del culto de adoración debe centrarse en glorificar a Dios y presentar su Palabra para edificación de la iglesia, todo el servicio debe ser planeado e integrado, para que en teoría y práctica dé lugar a la obra espontánea del Espíritu.
10. De igual manera, para ofrecer diligente instrucción en la Palabra de Dios, los planes para la adoración deben hacerse a largo plazo y de manera integral, de modo que cada elemento sea de edificación para el creyente, y para que se celebren y expliquen las fechas conmemorativas y las principales doctrinas de la iglesia cristiana.
11. Aunque la iglesia primitiva tuvo poderosos predicadores tales como Pablo que, en ocasiones, cautivaba por horas a la congregación (Hechos 20:7), como regla general la congregación participaba mediante la operación de dones espirituales, oraciones, cantos, ofrendas, y otros.
12. En la adoración cristiana se debe aprovechar lo mejor en conocimientos técnicos, ofrecidos por personas dotadas por el Espíritu, siempre con el fin de glorificar a Dios. La búsqueda de excelencia debe también estar arraigada en humilde oración y dependencia del Espíritu, cuyo propósito es fortalecer y guiar a todo el cuerpo en adoración.
13. Es obvio que los directores de adoración deben tomar en cuenta las formas de adoración y las preferencias musicales de quienes al presente sirven. Pero deben también considerar en oración los gustos de aquellos a quienes tratan de alcanzar. No hay norma musical, sea

tradicional, contemporánea, o una combinación de ambas, que por orden divina alcance a todas las personas, todas las veces, y en todo lugar. La adoración dirigida por el Espíritu será creativa en su misión, pero respetará el imperativo de “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3).

En todas las cosas, ¡a Dios sea la gloria!